

La historia como verdad necesaria

Polémica con las ortodoxias, el posmodernismo, el cosmopolitismo y el sujeto diverso

 **Guillermo Martín Caviasca***

¿Cuál es el motor de la historia? El concepto *historia* refiere a múltiples objetos;¹ en nuestro caso, no hablaremos de la historia *relato o ficción*, ni de la historia *académica*, sino de la historia en tanto *vida social y humana*. Dos son los poderosos motores que mueven la historia en esta última acepción. Esos motores generan su potencia a partir de una dialéctica de conflicto en dos órdenes básicos. Uno es el conflicto entre “comunidades”, y otro el conflicto entre grupos al interior de la comunidad.

En términos marxistas podemos decir que son las luchas nacionales (la “cuestión nacional” como la llamaban los clásicos) y las luchas de clases (las luchas fundamentales entre los apropiadores del excedente del trabajo y aquellos que lo generan). Pero, para nosotros, no son suficientes esas categorías. No dan cuenta con claridad de la cuestión de la “comunidad” en los diversos escenarios históricos, ni de los diferentes grupos en que se dividen las personas tanto dentro como supracomunitariamente, ya que “nación” es también una categoría histórica y “clase” puede simplificar demasiado, dejar fuera algunos conflictos de importancia y terminar ocultado una parte de la realidad. El materialismo histórico nos desafía a salir de cualquier esquema cosificado y atrevernos a analizar o comprender la realidad concreta de las formaciones sociales en las que nos toca actuar o a las que decidimos estudiar.

Por ejemplo: si Marx afirmaba en el *Manifiesto comunista* que la contradicción fundamental de la sociedad antigua era entre “amos y esclavos”, sería imposible comprender la historia de Roma si no vemos que las luchas principales se desarrollaron entre “patricios y plebeyos”; la esclavitud solo explica la forma dominante de apropiación del excedente y, solo en parte, la ideología, pero no la política y ni siquiera *toda* la economía. Sin embargo, Marx y Engels escribieron el manifiesto como una “guía para la acción” de los trabajadores agrupados en la Primera Internacional, en un momento histórico en que las revoluciones sociales y nacionales arreciaban en Europa sobre los restos del antiguo régimen. Por lo tanto, hicieron un manifiesto donde lo que importaba era su eficacia política para constituir como “partido” separado a los trabajadores, no para analizar o “hacer política” en todas las sociedades en todos los tiempos. Sin embargo,

* Dr. en Historia (UBA). Docente e investigador en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de la Plata. Autor de libros y artículos académicos sobre historia, teoría política, economía. Colaborador en periódicos de formato digital y/o impresos de colectivos políticos y comunicacionales de intervención militante. Miembro del colectivo Barricada TV de Buenos Aires. Militante político y social antiimperialista.

1 Referimos en este sentido a la multiplicidad de significados con que se usa el concepto “historia” de la misma forma que lo explica Vilar (1980).

esta idea tomada al vuelo por muchos grupos volvió confusa la acción de quienes pretendían ser revolucionarios en sus propias sociedades, cuando las clases descriptas en el manifiesto no se desplegaban pura y sencillamente como el texto parecía indicar.

En realidad, el conflicto básico que ordena a todos los demás es la lucha –al interior de cada agrupamiento humano y contra otros agrupamientos– por la apropiación, organización y distribución de los bienes naturales y la producción material, cultural y simbólica. En cada período histórico existe una forma “típica” de organización humana: tribus, ciudades, imperios, reinos, repúblicas con formas de participación y legitimación diversa y más o menos restringida. La forma organizativa de la comunidad, de quienes en su interior “resuelven las cosas”, es parte de la vida social colectiva; es la lucha que hace la historia. Redefiniendo la consigna de Marx, podríamos decir que toda la historia es la historia por la resolución de este conflicto básico. Así los diferentes modos de producción, las diferentes formaciones sociales, las formas que toma el sistema en cada país y en cada etapa implican, en cada momento, la resolución de ese conflicto estructurante.

En la época moderna el agrupamiento humano típico es el Estado-nación.² Quiénes resuelven en su interior (es decir, “mandan” en cada esfera de la vida social), cómo lo hacen, cómo se establecen relaciones de fuerzas y cómo se transforma o se construye otro tipo de agrupamiento son algunas de las preguntas claves de la historia. La sociedad nacional es el marco inicial de todo análisis que va de lo local a lo mundial, de lo particular a lo general, de lo simple a lo complejo, en un movimiento que es dialéctico pero que tiene su origen en la cosa concreta. Es en este marco (en el marco de las comunidades en cada época histórica) donde se desarrollan los conflictos de clases, políticos y sociales diversos.

Esto no niega la posibilidad y existencia de otros agrupamientos, los cuales pueden estar en su interior, o ser supranacionales, y en ambos casos aparecer como alternativos o en disputa, pero ninguno de estos agrupamientos borra la centralidad del Estado en toda una época histórica hasta hoy, ni niega tampoco que otras formas de organización humana anteriores (llamémoslas o no Estado) tuvieran estas mismas contradicciones y función. Puede haber sociedades sin “Estado burgués”, pero no las hay sin estructuras que organicen alguna forma de distribución del poder, de legitimación, de organización de la producción; sin sistemas de sanciones a los que violan la legalidad, sin formas de defensa, agresión, imposición o relación respecto de otras comunidades. La “explotación” no explica “toda” la función del “Estado” ni de todas las formas de Estado, ni siquiera del uso de la fuerza por parte de las diversas comunidades a lo largo de la historia.

Son varias las formas y caminos concluyentes que llevaron a la formación de los Estados modernos: cambios ideológicos, económicos, jurídicos, militares, tecnológicos y geográficos. La sociedad no se simplificó internamente, ni se homogeneizó mundialmente. El capitalismo mundial se hizo más complejo y competitivo y las sociedades englobaron las más diversas formas de organización y de conflicto, lo cual hace que el

2 Nos apoyamos en este punto en las propuestas de Ernest Gellner, Benedict Anderson y Eric Hobsbawm, las que (aunque son claramente eurocéntricas) sirven de aportes para pensar la nueva forma de comunidad que es el Estado-nación. Existen en Latinoamérica y en Argentina numerosos trabajos sobre la cuestión nacional para pueblos cuyo desarrollo como comunidades con Estado y como naciones de pasado reciente, tiene una especificidad distinta a la europea. Rodolfo Puiggrós, Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz, Roberto Carri, Juan José Hernández Arregui, Tulio Halperín Donghi, Milcíades Peña, Jorge Abelardo Ramos, entre otros, han desarrollado una profusa bibliografía sobre el tema, desde diferentes posiciones ideológicas, en la mayoría de los casos con un fuerte compromiso político.

conflicto fundamental que concierne a la reproducción del sistema mediante la apropiación del excedente por clases y/o Estados poderosos parezca, a veces, perderse de vista. La diversidad de conflictos existió siempre, pero en la sociedad contemporánea parecen adquirir una relevancia y visibilidad mucho más notoria. Sin embargo, esta visibilidad alimenta ideologías que pretenden difuminar la importancia determinante de la lucha por la organización y distribución de la riqueza y la producción, en cada nación y entre naciones, como el conflicto central y motor de la historia. Es el posmodernismo de derecha o izquierda que acompaña el “fin de la historia” y legitima al capitalismo globalizado.

En la era del capitalismo, las clases en que se divide la sociedad bajo este sistema son el otro tema que ordena la historia, lo cual no implica menos importante o posterior. Se trata de la lucha de clases. Como dijimos más arriba, no solo ella ordena la historia, pero es una forma fundamental. Tampoco el conflicto de la burguesía contra el proletariado debe ser tomado en forma absoluta; es un “tipo ideal”, o la forma “genética” del capitalismo. El modo de producción capitalista no es así en lo concreto de las sociedades, sino que existen “formaciones sociales” diversas con numerosas clases no obreras, a veces mayoritarias y en la mayoría de los casos explotadas, así como también existen formas de explotación capitalista sobre la nación (y existen formas de explotación que no se relacionan directamente con lo económico). No siempre la lucha que dinamiza la historia es entre burgueses y proletarios, ni esta cubre mayoritariamente el escenario. Como mencionamos, no fue la lucha de los esclavos la que movilizó los cambios de la sociedad esclavista, o la de los campesinos la más destacada forma de lucha en las sociedades medievales. Aunque sí lo fue, como motor central de la expansión de las anteriores, la lucha por la apropiación de esclavos o campesinos por parte de la clase rectora del sistema en cuestión.

Pero es sin duda la lucha entre las clases en que se divide la sociedad la que, expresándose de diversas maneras, da el tono a cada momento de la historia, especialmente dentro del capitalismo. Es la lucha entre “obreros” (en un sentido amplio, de trabajadores productivos) y “patronales” (en el sentido más restringido que “burgueses”, más bien de los grupos dominantes dentro de la comunidad) la que define la naturaleza del Estado. También define cómo en el interior de la nación se distribuye el poder económico y social. A través de esta se da la disputa por la organización y distribución de lo que “soberanamente” le pertenece a la comunidad.

La relación de fuerzas constituida en cada etapa no es una cuestión secundaria. Define tanto las características específicas de cada Estado nación como las relaciones entre diferentes “comunidades nacionales” y la forma y límites de la explotación entre clases y naciones, entre otros aspectos. No todos los Estados nacionales son iguales, ni en su interior las clases (u otros grupos humanos) se desarrollan de la misma manera. El tipo de Estado define las posibilidades y equilibrios de la “comunidad”. Es la expresión de esa “relación de fuerzas”, que en parte y a veces queda definida por la legislación y por un “sentido común” acerca de “cómo deben ser las cosas”.

Tanto la legislación como su aplicación están determinadas por la relación de fuerzas que se establece en la lucha. Como decía Raúl Scalabrini Ortiz (1960: 75-91): todo lo que no está explícitamente legislado a favor de los oprimidos lo está de hecho a favor de los opresores. Y esta definición fue realizada en un momento clave de la historia argentina, cuando en 1948/49 se discutía la reforma constitucional que daría origen a la carta magna más avanzada de un país de América Latina para ese período. Un momento en que la clase obrera había obtenido una victoria, colocando a un militar nacionalista en el poder.

Por eso, la historia avanzó a partir de luchas fundamentales por la construcción de Estados que expresaran una relación de fuerzas más favorable a algún grupo social, que expresaran un marco jurídico más amigable al interés de una clase o un bloque de clases y grupos sociales específicos. Los cambios en el Estado son fundamentales y expresan la conclusión de un proceso de luchas en la que se llega a un nuevo equilibrio de fuerzas. La dominación que el Estado viene a expresar no es indiferente ni neutral para ninguna de las clases, ni expresa unívocamente a la clase dominante en lo económico. Tampoco el Estado es similar en todas las sociedades sino que expresa las complejas formas de organización y la relación de fuerzas interna, así como el desarrollo económico, la composición social, la historia y la cultura de cada sociedad.

Entonces, la comprensión sobre cómo es la propia comunidad (su historia, el sentido de sus relaciones internas y externas y su estructura) permite actuar a fines de consolidar o alterar la relación de fuerzas concreta que se materializa en el Estado, la legislación y el “sentido común”. Es imposible entender la sociedad argentina, el tipo y desarrollo del Estado, las diferencias y similitudes con el resto de los países de América Latina, sin entender la historia particular de esta región del mundo: cómo y cuáles fueron las bases materiales y humanas con las que se modeló, casi de la nada, un Estado, y se comenzó a dar forma a una nación, hace solo 200 años.

Sobre historia, compromiso político y nación

Creemos que a la historia la podemos definir, aceptando la definición de 1940 de Marc Bloch (1994: 40), de la siguiente forma: “no hay pues, más que una ciencia de los hombres en el tiempo y esa ciencia tiene necesidad de unir el estudio de los muertos con el de los vivos [...] el antiguo nombre de historia, me parece el más completo”. La comprendemos como una herramienta que se enlaza con todos los aspectos de la vida humana. Hecha conciencia colectiva puede impulsar ideas fuerza en la sociedad y sentidos de lo posible, lo justo o lo necesario. Esto es así porque toda historia es “historia contemporánea”, busca en el pasado las herramientas para construir el presente y lo hace sirviendo a una idea, un interés social visible u oculto. Pero esto no niega el carácter “verdadero” (de acercamiento a la verdad) o “científico” del conocimiento humano.

La historia, como idea que cada sociedad se hace de sí misma, de dónde viene, de su tiempo y del mundo en el que vive, es ideología. Aún respetando su carácter científico y excluyendo la literatura propagandística, aporta al cambio o a la conservación, en un sentido o en otro. A veces a una clase oprimida le “sirve” la tradición y la “conservación” más que el cambio; a veces el cambio es la profundización o modernización del *statu quo*. La historia nos enseña a los argentinos mucho al respecto.

Si vamos al tema del cambio en nuestra era podemos afirmar que en “teoría”, la revolución, o los procesos de transformaciones profundas, son primero nacionales/democráticos o “revoluciones nacionales”, y después pueden o no tender al socialismo. Diferenciamos estas dos categorías porque un proceso nacional/democrático se puede dar de tal forma que la cuestión del atraso estructural, la dependencia y la pobreza no sea puesta en el centro, que su eje sea político, que el tema de la “democratización” esté en el centro como creencia de que a través de ella y de las actitudes políticas formales en lo geopolítico se lograría el “bienestar general”. Aquí el acceso de las masas nacionales a la política es la cuestión, de ahí “lo nacional” se desprende con mayor o menor peso, mientras que las “revoluciones nacionales” tienen en el centro el tema de “lo nacional”, del “desarrollo independiente”, e implican un abordaje sistemático de la situación de dependencia y de las desigualdades sociales. Su problemática se origina en lo económico y en lo cultural y pone en el centro el tema de la constitución del “pueblo

nación” oprimido contra una elite extranjerizante. Lo democrático en estos procesos aparece por el lado de las esferas económica y cultural antes que institucional; es más, pueden en lo formal alejarse de los paradigmas occidentales de democracia. Como vemos en esta delimitación, procesos de democratización y “revoluciones nacionales” son parientes pero no sinónimos. Por lo general, en los países dependientes los procesos de liberación tienen la forma de “revoluciones nacionales”. La función de las “revoluciones nacionales” es construir el Estado, o reconstruirlo, o transformarlo y dotarlo de las capacidades necesarias para definir la nación, desarrollar una economía independiente y elevar a las masas en todos sus aspectos.

León Trotsky (sobre quien basan sus políticas algunas fuerzas antiestatales, que rechazan la construcción de la nación y que cuentan con peso mayoritario en la izquierda argentina actual) consideraba que la revolución democrática, en su desarrollo, o evolucionaba hacia la revolución socialista o enterraba esa posibilidad en el mismo proceso revolucionario. Es la tesis de la “revolución permanente” (Trotsky, 2000). Pero en Trotsky los procesos de cambio no comienzan como revolución socialista, ni en un mundo etéreo de una comunidad mundial, ni en una la construcción política que sea ajena al Estado nación. El pensamiento del revolucionario ruso no dudaba que una vez desatado el proceso de cambio el objetivo era llevarlo sin vacilación al socialismo y hacerlo mundial. Es el debate planteado por Gramsci (1981) en torno al “napoleonismo revolucionario”,³ o por Mariátegui (2010)⁴ en torno a las características propias internas de cada nación para la construcción de su modelo de revolución.

Sin embargo, Trotsky, en su experiencia de observador cercano, pudo constatar en México nuevos tipos de procesos de cambio, y se dio cuenta de que el cardenismo no era un modelo al que se pudiera clasificar así como así en las categorías que los revolucionarios marxistas habían creado en Europa, o al menos que estas requerían una adaptación. Es decir, “el análisis concreto de la situación concreta” del que hablaba Lenin en 1920 implicó que el cardenismo fuera clasificado como progresivo por parte del revolucionario ex jefe del Ejército Rojo (Trotsky, 1999). No utilizó la categoría de “revolución nacional”, que elegimos nosotros, pero leyendo sus escritos vemos que no estaba tan lejos de ella.

El hecho de que muchos procesos no hayan llegado al socialismo y hayan quedado en su etapa de revoluciones nacionales impuso en muchos militantes de las corrientes de izquierda la idea de traición o fracaso, que estaría en el mismo origen del proceso. Y eso lleva a estas corrientes (que cuentan con un peso mayoritario en la izquierda argentina actual) a rechazar los cambios nacionales y la construcción del Estado nacional. Nada más equivocado e irreal, ya que los procesos de cambio encierran procesos de lucha al interior de ellos mismos y sus finales están abiertos. O, al menos, el hecho de no llegar “al socialismo” no inhabilita las transformaciones más o menos profundas que una “Revolución nacional” lleva adelante, aun las inconclusas.⁵

3 En sus reflexiones sobre la lucha política, agrupadas en las *Notas sobre Maquiavelo*, el italiano acusa a Trotsky de ser el “teórico del ataque frontal” y plantea que pensar en la expansión e internacionalización inmediata de la revolución es “napoleonismo anacrónico”.

4 El *Amauta* señala la importancia de las condiciones propias de la sociedad peruana (campesina e indígena), insistiendo en la particularidad de la revolución: “peruanicemos al Perú” era su consigna, lo que le valió el rechazo de la internacional latinoamericana presidida por el PC argentino. En el mismo sentido aventuraba una explicación de la derrota de Trotsky por parte de Stalin.

5 En realidad, muchos de los procesos de liberación nacional de los sesentas y setentas, muchos de ellos procesos de descolonización, no solo “no llegaron al socialismo”, sino que quedaron en niveles de independencia, desarrollo y justicia social muy bajos, lo cual impide llamarlos “revoluciones nacionales”. Pero una parte de ellos lograron conquistas importantes. Está en debate, pero las revoluciones socialistas de China o Vietnam, por ejemplo, fueron procesos de liberación nacional que produjeron cambios positivos muy importantes y pueden ser calificados de “revoluciones

Del pensamiento de Trotsky podemos deducir algo distinto al mesianismo discursivo. La lucha por la construcción y definición de nuestra comunidad nacional frente a otras comunidades nacionales antagónicas es una tarea primordial: se trata de la liberación frente a la opresión nacional, como sea que se materialice en cada época. Y, de la misma forma, la lucha nacional de los oprimidos y especialmente de la clase trabajadora contra sus explotadores tiene un contenido nacional, por lograr el ejercicio de la soberanía sobre el territorio que reivindica como propio su Estado y por lograr que la relación de fuerzas dentro de ese Estado le sea hegemónicamente favorable.

En realidad, el contenido “universal” es el económico, el “clasista”, que opera en la historia sobre reivindicaciones sectoriales y solo indirectamente sobre la estructura de la formación social. Poner el eje económico clasista en el centro de todas las luchas generales puede operar en contra de los mismos procesos de cambio; es más, en algunos casos atacar al “Estado burgués” o al “gobierno burgués” en nombre de esquemas teóricos o “tipos ideales” de revolución puede favorecer a las patronales burguesas en sus intereses estratégicos. El cambio histórico “general” es el que hace al proyecto nacional, “político”, que opera sobre transformaciones generales de la estructura del Estado, de las relaciones de fuerzas en el conjunto nacional y, desde allí, regional y mundial.

Historia y relato

Técnicamente, “historia” son los datos duros y “relato” la forma de organizarlos. Sin embargo, a caballo del posmodernismo, de la fragmentación y del avance de concepciones “lingüísticas” que divorcian la forma en que se expresa la escritura de la historia de su base material científica, la idea de relato se corrió hacia “invención” o “construcción”, donde relatos antagónicos pueden ser equivalentes en términos de verdad, no solo de intereses de clase. El posmodernismo disuelve la relación entre significado, significante y referente, permanece “flotando” entre signos y símbolos y deja a la base material en el anaquel de lo “viejo”. Pero en la base material está la verdad, como lo está en el testimonio documental, la investigación empírica y la corrección permanente en base a lo que los hechos y nuevos descubrimientos aportan para mejorar nuestras búsquedas. Esto abarca a todas las ciencias sociales, al periodismo e incluso a las ciencias físicas y naturales. El posmodernismo “imagina” demasiado, crea “relatos” independientes y hasta inventa referentes; en las ciencias sociales es destructivo. Es un *chamuyo*, como diríamos en Argentina, pero es *entrador*.

Hay muchos relatos (de izquierda o derecha) que toman selectivamente o “inventan” un “guion” que les sirve para apoyar su táctica inmediata. Estos relatos alienan, no liberan. “La verdad nos hará libres”, afirmaba Artigas, parafraseando a Jesucristo. La historia debe conducir a la verdad si sirve como herramienta de liberación, pero si la verdad no existe o es maleable al extremo, se pierde todo punto de referencia; los proyectos antagónicos parecen equivalentes, solo sujetos a criterios de propaganda, de mejor articulación del relato. Para nosotros, en cambio, existe una verdad verificable; beneficios y perjuicios materialmente demostrables.

Por eso necesitamos una historia científica, militante, comprometida con los oprimidos y con el progreso material y moral de las personas. No un “relato” amateur. El concepto *relato* afecta sustancialmente a la idea de *verdad*. Se acerca más a la idea de *verosimilitud*, equivalente a cualquier otra novela verosímil, cuyo único criterio de verdad es la capacidad del enunciador para hacerla creíble.

nacionales”. Inclusive en varios países árabes (hoy devastados por la guerra impuesta) los avances sociales y culturales fueron significativos.

Cuando nació el “revisionismo” nacionalista en la primera mitad del siglo pasado fue una contestación a la historia profesional liberal. Lo hizo con un discurso potente, que llegó a penetrar en sectores del pueblo por dos razones: primero, porque la historia oficial era la que legitimaba el *status quo* injusto y dependiente; y segundo, porque se basó en un arsenal de fuentes sacadas a la luz que le daban una potencia de rigurosidad, o al menos de fuerte mentís al discurso histórico liberal.

El revisionismo inicial intentaba dar respuesta a uno de los temas básicos: la dependencia de nuestra nación. Una nueva generación, algunos revisionistas y otros marxistas, dieron una vuelta de tuerca más e introdujeron en la matriz revisionista la cuestión del pueblo y sus luchas como sujeto. A caballo de la masacre de ideas que produjo la última dictadura militar (1976-1983), la historia académica liberal se renovó y contrató desde los nichos universitarios fuertemente controlados por una elite intelectual democrático-liberal⁶ acorde a la democracia *aggiornada* nacida en los ochenta, y pretendió “blindarse” con la creación de reglas autorreproductivas para el campo.

Con la crisis del 2001, en la Argentina estallaron los esquemas y las reglas vigentes. Y el surgimiento del kirchnerismo dio bautismo local al concepto de “relato”. Uno nuevo con el que se buscó combatir la visión liberal antipopular y apátrida. Sin embargo, un relato fluye y carece de materialidad, o su materialidad depende del enunciador a la cabeza de la burocracia estatal. El relato kirchnerista, siguiendo a Laclau (2005), tomó elementos de lo fragmentario para construir hegemonía política. Aceptó una de las premisas del posmodernismo, la “diversidad de sujetos”, y la construcción de un movimiento que articularía minorías diversas.

Aun así y con un fuerte sesgo cultural, difundió una nueva épica nacional y democrática, pero perdió de vista (o consideró inoportuna) la rigurosidad que se necesita para la construcción de una verdad perdurable. Para poner en pie un proyecto nacional de un Estado popular potente, que altere las bases materiales de las relaciones de fuerza, es necesario una idea de verdad que se asiente en el largo plazo al margen de la potencia circunstancial de quien está en posición de enunciador estatal. Es necesario que sea la verdad de la sociedad, del Estado como proyecto nacional.

La etapa kirchnerista mantuvo a lo fragmentario en el centro de la construcción política, incluyendo la reivindicación de derechos civiles y culturales, pero evitó la consolidación de organizaciones de clase capaces de proyectar poder político en el largo plazo. No construyó “contrahegemonía” en el sentido propiamente gramsciano (Gramsci, 1981). Y, por lo tanto, no podía dar nacimiento a un nuevo bloque histórico, que se construye sobre la crisis y desarticulación del sistema anterior.

Por eso no consiguió “ponerle la cabeza al Chacho”, como decía Arturo Jauretche,⁷ cuando en discusión con Félix Luna señalaba que era imposible y riesgoso para los oprimidos colocar en la historia, reconciliados, a Mitre junto al Chacho Peñaloza:

6 Al utilizar la categoría “democrático-liberal” advertimos que la palabra “democrático” puede inducir al lector a una aceptación positiva. En su lugar, se podría recurrir a la categoría despectiva “demo-liberal”, utilizada en la lucha política por los revolucionarios de generaciones pasadas.

7 En sus conocidas polémicas recopiladas en libros y artículos diversos. Arturo Jauretche polemizaba sagaz y duramente, sin hacer concesiones, con diversos personajes de la política y la cultura del período que va de 1955 a 1973. En este caso, con Félix Luna, historiador (cerca a la Unión Cívica Radical) que publicaba *Todo es Historia*, revista de difusión masiva y contenidos de buena calidad para un público más amplio que el académico. Miguel Ángel Peñaloza, “El Chacho”, fue un caudillo popular de la provincia de La Rioja, que se levantó militarmente en reiteradas oportunidades contra el centralismo porteño y el avance del sistema liberal, oligárquico y anclado en la libre importación y exportación que sumía al interior del país en el atraso, la emigración y la pobreza (Jauretche, 2007).

cuando ese abrazo que promovía Luna se intentara dar, el Chacho iba a descubrir que no podía hacerlo ya que debería usar sus manos para sostener la cabeza que el mismo Mitre había mandado a cortarle. Por lo tanto, primero era necesario ponerle la cabeza al Chacho. Esto es generalizable respecto de proyectos que no alteran de fondo la interpretación del pasado, en paralelo a no alterar en concreto, de fondo, la estructura presente.

Nuestro desafío es darnos la capacidad de construir una historia superior al relato, verdadera y científica. Una historia que, a partir de la crítica intransigente respecto de nuestro pasado, nos otorgue las bases para un proyecto nacional, emancipador hacia el futuro, una historia de las masas y para las masas. Un hecho histórico debe su bautismo a sobrevivir el paso del tiempo, ya sea porque queda en la memoria popular, porque es rescatado por alguna institución o porque algún investigador (o alguien ajeno a la academia) lo sacó del olvido. Sin embargo, no por eso es verdadero, ni siquiera “significativo”. Un “hecho histórico” significativo es todo lo que afecta a grandes masas de gente. Pero a su vez la utilización de este hecho, este dato, esta estadística, este recuerdo, solo es popular cuando es articulado de forma que saque a la luz causas, explicaciones y experiencias útiles para que el pueblo pueda actuar con conciencia sobre la realidad material de la nación de la que es sujeto. Es decir, que le permita pasar de ser “objeto” a ser “sujeto”.

Una historia científica y popular debe ser una base de la “revolución nacional”. De un proyecto de contenido social contra-hegemónico. De una visión geopolítica independiente del lugar de la Argentina en Latinoamérica y el mundo. Una historia que sea como una caja de herramientas de las grandes masas nacionales. Hoy debe tener como eje la construcción de una historia nacional que fortalezca nuestra identidad colectiva como argentinos y latinoamericanos, brindando herramientas políticas, organizacionales, económicas y culturales a los oprimidos para luchar por ser sujetos de su Estado y su nación, reponiendo las experiencias del pasado para lograr la liberación y ayudando a resolver los “dos conflictos básicos”: la construcción de la “comunidad” nacional y el establecimiento de las relaciones de fuerzas en su interior, en el sentido del progreso de las mayorías.

Bibliografía

- » Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- » Bloch, M. (1994) *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- » Gellner, E. (2001). *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza.
- » Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la Cárcel*. México: ERA.
- » Hobsbawm, E. (1998). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- » Jauretche, A. (2007). *Polémicas*. Buenos Aires: Peñalillo.
- » Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- » Mariátegui, J. C. (2010). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. En línea: <<https://www.marxists.org/espanol/mariateg/1928/7ensayos/>>.
- » Scalabrini Ortiz, R. (1960). *Cuatro verdades sobre nuestras crisis*. Buenos Aires: FRSO.

- » Trotsky, L. (1999). *Escritos latinoamericanos*. Buenos Aires: CEIP.
- » ———, (2000). *La revolución permanente*. En línea: <<https://www.marxists.org/espanol/trotsky/revperm/>>.
- » Vilar, P. (1980). *Iniciación a la crítica del vocabulario histórico*. Crítica: Barcelona.

